



# MÚLTIPLOS DE LO INFINITO

DANA HART





En ocasiones, el espíritu puede verse reflejado en los lugares más extraños. No el Espíritu Santo, sino el de la extracción de la materia. El jugo humano que se condensa al interior de nuestros cuerpos, mostrando quiénes somos realmente.

Lo tapizaban tres espejos. Desde el techo, hasta el suelo. Que hacían ver los tres metros cuadrados, duplicados, triplicados, sextuplicados, múltiplos de lo infinito. Unas barras metálicas justo al centro. Suelo de goma, con esa especie de puntos para no resbalarse cuando hay tormentas.

Las puertas se abrían y se cerraban cada dos por tres, para dejar entrar y salir a la gente de un edificio de veinte pisos y doscientos departamentos, muchos de los cuales, funcionaban como oficina. La lista de botones fallaba a menudo, sobre todo porque el cableado

no podía comprender, la ausencia del piso 13.  
¿Qué tan supersticioso puede ser un arquitecto?

Siempre junto a la lista, estancada, varada y detenida, estaba Ingrid Catrileo, como el río que topa con las piedras.

Su familia, que ni siquiera vivía en aquel edificio, la buscaba a menudo, preguntándose dónde estaba, las dieciséis horas que duraba su día consciente, pero no podían hallarla ni en los bares, ni en los cafés, ni en las paradas de los colectivos. No iba al trabajo, ni a la escuela, solo se quedaba allí, detenida, junto a los botones transparentes, repletos de números. Tal vez fue la canción de Sui Géneris, que pasó la vida escuchando y gritaba a toda voz, en el silencio de sus clases de gimnasia: *“Ella toma el ascensor a la mañana sin temor a que se caiga. Baja en el quinto piso y toca con dos golpes a la puerta C.”* Pero allí no había ni puertas

C, ni estaba Mariel, ni en Capitán, ni se toma el té. No hay historias de amor, ni trágicas ni bellas, no para Ingrid Catrileo, detenida.

Mucha gente pensaba, naturalmente, que ella trabajaba allí, pese a que no apretaba los botones, ni trapeaba, ni barría. La portera del edificio ya la conocía, y la dejaba ser, ¿para qué reprimirla? No iba a intentar echarla. Y la persona que la reemplazo durante su licencia, también la dejaba, por efecto imitativo, como suele pasarle a la especie. El bebé crece viendo qué come la persona que le cuida, y eso mismo empieza a comer. Aprende el idioma, las costumbres, la forma de cepillarse los dientes, y cada cosa imita, tarde o temprano. Los vicios, los malos hábitos, las horribles formas de ser. También las virtudes, los actos solidarios, las extensiones de humanidad por los rincones. Todo lo imita.

Ingrid no escapaba a dicha naturaleza. Los rostros en el espejo, los espíritus de las gentes, le iban quedando de una u otra manera, reflejados en su propio rostro, en su propio espíritu. Cuando hablaban por teléfono, sin sonreír, ante las preocupaciones de la vida. O cuando se miraban, para gustarse, mostrando caretas, en lugar de gestos. Boquitas cerradas, barbillas levantadas, ojos entreabiertos, comidas entre los dientes, vapor saliendo de sus mejillas, orejas puntiagudas, acentos marcados por el origen social, la clase, los días pasados, las infancias. ¿Cuántos acentos hay? Van y vienen como las mareas. Envuelven las palabras dándoles un sello, una historia. Puede conocerse hasta las ideas de una persona, con solo escuchar su acento, claro que muchas veces es un prejuicio, pero la mayoría, es un tiro de arco a arco, justo en el centro. Celulares apretados en las orejas.

Dientes manchados en tinta. Barros saliendo por la punta de la nariz.

La gente suele parecerse entre sí. Existen por lo menos, veinte tipos de personas, que luego se repiten incesantemente, o al menos así pensaba Ingrid, cada que les veía, arreglarse el moño en el espejo. O puede que sea, exactamente todo lo contrario. Nadie se parece a nadie, y cada quien tiene una diferencia que es un abismo con la otra persona. Estaturas. Contexturas. Ideas fijas. Nada se repite. O todo se repite. Quizás depende de si se está subiendo o bajando. La aerodinámica hace maravillas con los rostros de las gentes. Les alarga o les achica. Les corrompe la vida o les da esperanzas. Luego una boca les empuja a salir, y salen, a sus tareas, a sus trabajos, a sus rutinas cubiertas de espejos. Nadie sabe qué hay del otro

lado. Y nadie sabe qué sucede cuando alguien se queda, allí, donde el resto pasa. Dinámicas.

Algunas cosas se repiten casi a la misma hora exacta. Como si el reloj fuese el motor que les mueve a rasguñar el cielo. Entre las siete y las ocho de la mañana existe un movimiento mucho mayor, que se repite entre las seis y las siete de la tarde. A las tres no pasa casi nada. A las diez tampoco. Pero siempre hay movimiento. Pasos. Ruidos. Voces al teléfono. Expresiones faciales. Coloridos. Camisas de todos los tipos. Pantalones de todos los largos. Zapatos y zapatillas. Suelas limpias y suelas que mordieron el polvo.

Se sabe que el reparto de bienes no es igualitario. Hay quienes tienen más, y hay quienes tienen nada. Hay quienes duermen entre sábanas de seda, y quienes se acuestan directamente sobre el colchón, porque su único juego de sábanas está

lavada. Perritos y hasta gatos que pasean con una correa. ¿Sus dueños los pasean? ¿O son ellos quienes pasean a sus dueños? Nadie lo sabe. ¿Quién es dueño de quién? Hay quienes sonrían, pasajeros, y hablan de anécdotas, cosas bellas o tristes. Y hay quienes gritan en silencio. Gritan por las orejas. Gritan por los poros. Gritan bajo sus corbatas. O sus guantes para el invierno. Gritan en sus camas, sin que nadie les escuche, sin que nadie les aguarde. Tristes o felices. Con la fecha de caducidad impresa sobre la frente. ¿Cuánto tiempo les queda, para postrarse en esas camisas? Bebés en cochecitos, alucinando por las luces altas. Y niñas que no comprenden de qué chocolate está hecho este mundo, porque por más que lo muerden, no endulza nada.



2

La primera en salir por las mañanas, es Paula. Se sube al ascensor y saluda amablemente, haciendo una especie de reverencia con la cabeza, mirando hacia abajo. Tiene el pelo largo, castaño claro, y unos ojos celestes que le brillan, detrás de las pestañas. Suele usar una musculosa ajustada al cuerpo y unas calzas deportivas, porque va a dar tres, cuatro, cinco vueltas a la manzana trotando. Se pone audífonos en los oídos y no escucha más a nadie. Con esa disciplina, fue cocinando los músculos que carga sobre los huesos. Uno a uno, los fue forjando, como se forja el acero. Se ha encargado de sí misma, mientras el resto duerme al ritmo del amanecer. Vive sola, en uno de los tantos departamentos del cuarto piso.

Habla de sí misma en tercera persona, a veces. “A Paula le gustaría esto”, a “Paula le gustaría

aquello otro”. Se acostumbró a nombrarse a sí misma, porque en su infancia nadie la nombraba. Era invisible. Y se acostumbró también a amarse sola, y a fortalecerse sola. Creyó que haciendo crecer sus brazos, sus piernas, su espalda, podría ocupar el espacio físico necesario para ser, para existir.

Hija de padres separados, se niega a ir a ver a su madre los domingos. “Eso es cosa de gente buena”, se repite en la cabeza. Pero no puede. No quiere. No quiere escucharla preguntarle, veinte veces cada diez minutos, por el novio que no tiene, por los hijos que no quiere. No puede. Se siente mortificada. ¿Qué tan difícil es entender, que las decisiones de la vida, no se deben cuestionar? Sobre todo cuando no afectan, ni dañan a otras personas. No quiere. Prefiere dar vueltas a la manzana, hasta los domingos,

tratando de borrar de su cabeza la imagen angustiante de una madre sola, desamparada, triste. “Paula no le debe nada a nadie”, se repite en la cabeza. Y es cierto. Porque ya a los doce años tuvo que cocinarse a sí misma, encargarse de sí misma, abrazarse a sí misma. Aprender a quererse. A alimentarse. Pasó meses comiendo pan con mayonesa, porque era lo único que podía hacerse. Y poco a poco, fue aprendiendo, a mezclar el pan con lechuga, a reemplazar la mayonesa por palta. Fue volviéndose cada vez más sana, y se apasionó por el deporte.

En el colegio, era la mejor en gimnasia. Tirando saques y pateando al arco, dando vueltas a la cancha, saltando en alto, sentía que ocupaba un espacio real, que podía dimensionarlo. Tantos metros para acá, tantos metros para allá. El

entrenamiento le dio un rol, un papel para ser alguien, en la invisible obra de la vida.

Nunca tuvo un premio por esa disciplina, ni tampoco un reconocimiento. Nada de medallas colgadas en su departamento, ni trofeos con hombrecitos de oro. Tampoco los quería, ni los buscaba. ¿Para qué? Si se bastaba a sí misma para darse las gracias. “Paula, lo hiciste muy bien”.

De noche es muy común para ella, perder el sentido. Como se pierden las llaves, o el carnet. Se acuesta preguntándose para qué, y por qué. Y el para qué y el por qué la acosan, sin dejar de hablarle en primera persona. Le gustaría tener una compañera, alguien a quien amar cuando las luces se apagan. Para revolver las sábanas. Para fortalecer sus otros músculos, aquellos que no saben de trotar. Se exige a sí misma, mucho más

de lo normal. Se exige no pensar. Se exige no sufrir. Se exige no querer, lo que el resto tiene.

Su hogar es un sofá, junto al cual nunca descansa una bicicleta estática, que usa para seguir ejercitándose, aun cuando tiene el televisor prendido. Ve los partidos de rugby, de fútbol, de básquet o lo que sea que oferte la compañía de cable. En una pared tiene puesto un tablero para el tiro al blanco, con el que se entretiene cuando se aburre. Le gusta tener buena puntería. Le gusta casi todo lo que tiene que ver con demostrar sus destrezas. Casi todo.

Pero siente que le falta algo. No es un bebé. No es una mesa. No es perro. Es una compañera para su vida. Alguien con quien hacer abdominales, bajo la luz de las velas.

En Navidad llena de lucecitas el balcón, y pone un Santa Claus inflado bastante grande, es la fecha

que más le cuesta, porque se imagina rodeada de familiares a quienes no quiere, pasándose el pollo que no tiene, acompañado por una ensalada. Quisiera borrar la nostalgia. Así que siempre hace planes, llenos de amigas, para evitarse los tragos amargos de las noches largas.

Lo aprendió aquella vez, en la que pasó las fiestas mirando por la ventana, mientras estallaban los fuegos artificiales, y ella, sola, masticaba sobre la mesa. Aprendió a hacer cenas y a invitar a quienes tampoco querían pasar los domingos con su obligada familia, cenando obligadas papas. Y se divertía. Con gotas de champagne dietética manchando la alfombra, esperando las 12, desarraigadas. Le divierte más que la presencia de sus tíos de la infancia, como ese viejo que le quemó la mejilla, “sin querer”, con un cigarro. O esa otra vieja que contaba estúpidas anécdotas de

sobremesa. Para que nadie le dijera que parecía un varón, que se cambiara la camisa, o que usara otro tipo de zapatillas. Cansada. Harta. Prefería la amistad, como la verdadera familia.

Tuvo siempre un interés y una inclinación social. No le gusta permanecer indiferente, ante las tragedias de la gente, ante las injusticias y las desigualdades sociales. Nunca fue a una marcha, ni tiró una piedra. Pero a veces cuando entrena, se pone a todo volumen la canción que más le gusta, una de la Guerra Civil Española, que dice: *“Duermen en salones llenos de espejos. Les atormenta el verano, por el miedo a que se derritan sus corazones. Juegan a ser Dioses. Dueños. Santos. Mastican cuerpos, vivos, que despojaron de sus tierras. Asumen que gobiernan, mientras sus tronos se prenden fuego”*.

3

- Buen día Paula, ¿cómo amaneciste?
- Hola Ingrid, buen día, bien, bien, trato de levantarme con todas las energías que puedo.  
¿Y tú cómo estás?
- Bien, por suerte, todo tranquilo.
- ¿Y qué vas a hacer hoy? ¿No te gustaría venir a correr conmigo?
- Uy no, no creo, no soy muy buena para el deporte. Cuando era chica me la pasaba llevando justificativos a la clase de gimnasia, o cantando canciones, para poder aguantar el trote...
- Pero en una de esas, una o dos vueltas te animas a dar, conmigo, a la manzana...
- La verdad me gustaría, pero no quisiera retrasarte, aparte, estoy, aquí, no me gusta irme, o la Señora Torres no va a tener a quién saludar hoy.

- Qué feo, te entiendo, sí, no hay nada más feo que no tener a quién decirle: ¡Buenos días!
- Claro, importante sí, en un ratito ya va a estar bajando...
- La veo sí, a veces me la cruzo cuando sale con el perro, ¿cómo es que se llama?
- Balú.
- Balú, eso mismo. Pobre perrito, apenas puede llegar a la esquina, levanta la pata contra el árbol y ni lo ve, casi siempre termina regando la vereda o la rueda de algún auto estacionado.
- Es que es viejito ya... Y ella también... Se hacen compañía. ¿Y a ti no te gustan los perritos?
- Me gustan, pero no para tener en un departamento, me parece un poco cruel, tener encerrado a un animal, todo el día, en un

espacio tan reducido, sin patio, sin nada para que se entretenga.

- ¿Y un gatito?
- Gatito tampoco tengo, por el asunto de los pajaritos, no se si has escuchado que se dice mucho que cazan a las aves endémicas, entonces sugieren mantenerlos encerrados, y no, eso no me gusta, para nada.
- No es justo, para nadie, no. ¿Qué será que tienen tantas recomendaciones sobre el encierro, no? Encierro por el covid. Encierro para los perritos. Encierro para los gatos. Les gusta...
- Encierro en el trabajo, encierro en la casa, es un ¡mundo encerrado! Por eso, ¿por qué no vienes a dar una vuelta conmigo? Vamos despacio, no hace falta que salgamos corriendo como dos yeguas, podemos ir tranquilas, vamos charlando.

- Bueno, puede ser, visto desde ese punto de vista, una vuelta no me haría ningún daño...  
¿Pero y la Señora Torres?
- Capaz que la cruzamos, con el perrito, en la esquina, intentando apuntarle al árbol.

Ingrid puso la mano sobre la puerta, evitando que se cerrara, y dio un paso al frente para salir, pero su cuerpo la retuvo. Miró los botones de reojo, y sintió que ella era el 13 que faltaba. No se podía ir. Su ausencia podía generar un cataclismo. Mucho más que la tristeza de la Señora Torres, un dolor agudo en la coyuntura de sus propios huesos. Se disculpó, amablemente, y le prometió dejarlo para otro día. No se podía ir. Decidió dejar sus dos pies sobre el suelo de goma, con su rostro reflejado en el múltiplo infinito de los espejos.

Hasta que la Señora Torres tocó el botón, y la recibió con una sonrisa de pocos dientes. Venía

con Balú, que intentaba no caer en el hueco entre las puertas y el suelo. Traía una correa roja que le daba vueltas al cuello, que le hizo pensar en el encierro, las cadenas, el afán del ser humano por llevar todo sujeto, tirante. Le hizo una caricia suave sobre el lomo peludo, sintiendo cómo las costillas iban consumiendo la carne, esquina por esquina, día por día.

La Señora Torres tosió extrañamente, con una de esas toses que asustan a quienes están alrededor. ¿Será coronavirus? ¿Será la nueva neumonía asiática que tiene los hospitales abarrotados? ¿O solo serán los pulmones agazapados, cansados, agobiantes, de la Señora Torres en su encierro? Producto de la humedad de su departamento, que tiene el baño descascarado, porque ya no puede subirse a una escalera y lijar, pintar, o poner algún barniz anti-

hongos. Las paredes del dormitorio y del living comedor, también se humedecen con manchas amarillas y la pintura parece un graffiti viejo. Todo parece viejo. Alguna vez vivió allí con su esposo, un telefónico retirado, muerto por el aburrimiento. Había trabajado tantos años, subido a los postes, pelando cables, que en cuanto lo jubilaron, se cansó de vivir, se aburrió y estiró la pata sobre su sofá, mirando las noticias de las ocho.

Balú se convirtió en el nuevo esposo, simbólicamente, para ponerle freno a la epidemia de la soledad, que invadía al edificio entero, y al edificio de al lado, y al otro pueblo. Gentes y gentes, solas, vacías. Con dificultades para entablar relaciones profundas. Culpa de los aparatitos con pantallas de colores. Culpa del desgano y del cansancio. La soledad. Traicionera. Vagabunda. Errática. A algunas personas les

gusta más que a otras. Hay quienes mueren por sus efectos. Y hay quienes pueden vivir, respirando la humedad. También hay quienes se vuelven íntimos con la locura, como en la película “El Resplandor”, poniendo todo tipo de caras raras y rompiendo puertas a martillazos.

¿A qué se debe la soledad? ¿Sale mucho más barato? ¿O sale mucho más caro? Tal vez es porque los departamentos se volvieron cada vez más chicos. Pequeños, pequeños, diminutos. Y caros. Difíciles de arrendar. Piden una cantidad de papeles, que ni el Rey puede completar. Porque ya no hay Rey, él también sucumbió a la epidemia de la soledad. O puede que sea el trabajo. Jornadas tan extensas, tan agobiantes, hacen imposible relacionarse con otras personas, más allá de las fronteras laborales. Quizás es la dificultad para entablar vínculos, ahora que ha

cambiado todo, que los viejos patrones no se respetan, afortunadamente, y los roles se alteran y cambian. Nadie entiende bien qué nuevos modales deben adquirir. ¿Abre la puerta o no abre la puerta? ¿Corre la silla o no corre la silla? Como si eso importara. O tal vez todo mundo se pasó la sal, de mano en mano.

The background is a complex watercolor composition. It features a central area of light beige and cream tones, which is heavily textured with various washes and splatters. Scattered throughout are numerous dark, circular spots of varying sizes, some appearing as if they were ink or charcoal. Interspersed among these are small, golden-yellow stars and dots. The overall effect is organic and artistic, with a mix of soft, blended colors and sharp, dark accents.

[WWW.DANAHARTESCRITORA.COM](http://WWW.DANAHARTESCRITORA.COM)